

ni discontinuas, con profusas descripciones que producen “efecto de realidad”. La sintaxis cuidada, el léxico rico y preciso, incluso en boca de personajes de los que no correspondería tal cosa... En fin, todo un arsenal altamente convencionalizado y siempre efectivo, que Zweig manejaba, evidentemente, desde sus comienzos como escritor, y que esta traducción, como es costumbre en la traductora y en la colección del caso, reproduce a la perfección para el público de lengua española.

Marcelo G. BURELLO

ZWEIG, Stefan: *Fouché. Retrato de un hombre político*. Trad. de Carlos Fortea. Barcelona: Acantilado 2011. 279 pp.

Entre los muchos actores que a lo largo de los siglos han decidido el destino del mundo, existe un selecto número de individuos que brillan con luz propia; una clase, no se sabe si de héroes o de demonios, que escribe su nombre en la historia casi sin proponérselo, seres excepcionales cuya existencia desprende una energía tal que es capaz de atraer para sí todas las miradas de su tiempo y de los tiempos que están por venir. Y escondidos entre ellos, casi invisibles a los ojos de la posteridad bajo el fulgor que emiten los otros, hombres como Fouché han movido y cortado a su antojo los hilos que a menudo se suponen patrimonio exclusivo de aquellos más elevados.

Stefan Zweig rescata en esta obra de 1929 una figura vital para entender el convulso periodo que abarca desde los inicios de la Revolución francesa hasta la Restauración de la monarquía, una época dominada por las imponentes figuras de los Danton, Robespierre, Murat, Talleyrand, Barras y, por encima del resto, Napoleón. A todos ellos se acerca en algún momento de su vida Fouché, a todos los asiste, a todos los traiciona y les sobrevive. Movido siempre por una fuerza que sobrepasa toda ambición e instinto, el feo, enjuto y paupérrimo heredero de un linaje de humildes marineros y comerciantes supo leer con claridad el mapa político de la Francia de su tiempo y hacerse con un lugar destacado en todos los gobiernos que fueron sucediéndose.

Cambiaban los tiempos, cambiaban los nombres; ahora el pueblo pedía sangre, ahora medida. Pero lo único inmutable era siempre él, Fouché, por mucho que una mirada superficial le haga parecer el más cambiante de todos. El mismo hombre que en 1790 daba clases en el seminario saqueaba iglesias en el 92, predicaba contra la riqueza en el 93, se convertía en multimillonario en el 98 y diez años después, después de una vida dedicada (al menos en apariencia) a la revolución, ya era duque de Otranto. Pero a lo único que jamás permaneció fiel Fouché fue a sí mismo. Predicador, líder popular, asesino de masas, jefe de policía, político, espía, ministro, diplomático... en todas sus facetas destaca siempre el mismo carácter estoico y paciente pero a la vez voraz e inmisericorde que le llevó a sobrevivir a cada acusación que recayó sobre él y hasta a lograr que fuera la cabeza de sus enemigos la que aguardara al encuentro de la guillotina. Siempre oculto, evitando dar un paso al frente salvo que no quedara alternativa y dejando que sean otros,

quizá más grandes pero menos hábiles, quienes estampen su firma en la historia. No hubo contemporáneo suyo, fuera del bando que fuera, que no se envenenase al pronunciar su nombre.

Stefan Zweig renuncia a recrearse en el desarrollo cronológico de los acontecimientos para ahondar en la personalidad y el carácter de un personaje que la historia ha retratado a menudo en un innecesario segundo plano. Pero no lo hace, explica el propio autor en el prefacio, porque considere que se trate de un hombre admirable. Todo lo contrario: la vida de Fouché es la de un perfecto ejemplar de hombre político, una especie que se mantiene de plena actualidad tanto en las primeras décadas del siglo XX como en nuestra propia era y a la que es preciso desproveer de cualquier clase de naturaleza heroica. Su biografía sirve como excusa para realizar una profunda reflexión sobre el poder desde su lado más oscuro, frío y calculador. No basta sólo con llegar a la primera línea de acción política: lo que Fouché logró es mantenerse en ella durante décadas, algo en lo que la mayoría de los gigantes de la historia fracasan sin remedio una vez que el peso de su propio nombre o el de los sacrificios pagados para llegar hasta la cima se vuelve imposible de soportar. El mismo ojo experto que le permitió ver antes que nadie el potencial de Napoleón fue también el que le previno de la inminente caída del hombre más poderoso del momento. En efecto, Fouché no tuvo ningún reparo en sacrificar al hombre al que había ayudado a conseguir el título de Emperador y servido como ministro durante años: nada más conocerse el resultado de Waterloo facilitó la entrada de Luis XVIII en Francia, dándole el golpe de gracia a un régimen en el que se había implicado personal y profesionalmente desde su nacimiento mismo. Cometió incluso la osadía de aceptar el cargo de ministro de la Corona durante la Restauración, pero aquello fue demasiado para un gabinete que había asistido atónito a la carrera de un demonio que jamás se dejaba derribar por muy evidentes y escandalosas que fueran sus deslealtades y traiciones. Murió en Trieste en 1820, olvidado por todos y por la posteridad, tan sólo cuatro años después de su condena al exilio. En total transcurrieron treinta años entre los primeros pasos de aquel seminarista transformado en político y el exilio por regicida del sin embargo riquísimo duque de Otranto.

La nueva edición que nos ofrece Acentilado actualiza las dos traducciones españolas previas, siendo la más reciente de ellas (la de 2003, de la editorial Debate) obra de Carlos Fortea, el mismo traductor que la de Acentilado. Se trata en cualquier caso de una oportunidad magnífica para rescatar la historia de un personaje apasionante y a menudo olvidado, al mismo tiempo que se nos ofrece una reflexión sobre el poder de innegable vigencia e interés tanto para la época de Stefan Zweig como para la nuestra.

Alejandro LÓPEZ